



Gonzalo Torné

Torné

# Dos poemas del crisantemo

*Arcadio Pardo*



## I

Los gozos de la flor numeraría:  
la tanta amapola -anaranjada la de aquí,  
tinta y vivaz de luz la de los páramos-  
y pondría la primula diversa que se agrupa arropada por las vallas,  
las margaritas, las pequeñas que nada piden sino paz,  
las grandes arracimadas hacia el sol,  
y las vastas parcelas que he visto en Provenza de rojos tulipanes,  
y de amarillos tulipanes del color del mistral,  
y también injertaría aquí los nenúfares que veo en los estanques cercanos  
y me recuerdan otros de un estanque rectángulo pequeño  
que vi a diario en mi universidad los años de fervor;  
y la flor de los manzanos de Normandía que fueron esplendor  
y enjalbegan ahora de pureza los recuerdos de la juventud;  
y también traería aquí el geranio y sus variedades  
-los hay de diversa color, de color plena,  
de color que el blanco ribetea,  
planta perenne que no destrozan las heladas y renace cada mayo o cada abril,  
como vuelven las nubes, las mareas, las noches de los muertos,  
los acasos que ahora tiñen la conciencia de remordimiento.  
Geranios de ahí que ese anciano cuida y riega y nutre,  
y esos otros que embellecen los postes de luz de mi calle.  
No sé qué amor de repulsa me ha nacido hacia ellos.

He visto también la flor del almendro en varias latitudes,  
y la del melocotón, la de azahar que huele a carne todavía virgen,  
y las bellas y humildes flores del patatal,  
y la más aún humilde de los garbanzales y los habares,  
y las también humildes violetas, breves, acurrucadas a la sombra,  
y flores de frutales en los huertos del sur,  
y el esplendor de las miserias en el alto Anáhuac.

## Arcadio Pardo

También he visto el edelweiss,  
y otra que ignoro y uno a mi lado descubrió,  
le acarició los pétalos, le hizo una copia, alzó  
su maravilla ante nosotros en un campo de Jordania.  
Y los claveles rosa en un alféizar de Frigiliana,  
y los lirios blancos que arrebataron mi amor en las laderas pirenaicas,  
y las adelfas en un esplendoroso callejón de Gran Canaria.

El crisantemo, no. Sólo sobre las tumbas,  
en los invernaderos. Y sin  
y sin embargo nada solicita, sino sólo le amputen  
a la llegada del invierno, y quede el muñón de los tallos a flor de tierra,  
que con las primeras tibiezas pronto engendra el retoño,  
lo elabora hacia vida y hacia luz,  
se hace pronto fulgor.  
Pero en los campos, nunca.  
Puertas adentro se recoge,  
en macetas dejadas el 1 de noviembre en los camposantos,  
se acoge a los parajes ignorados,  
vive en su soledad.

Por eso le quiero tanto.

II

Solemos llevar una maceta de crisantemos blancos.  
Antes de dejarla, aparto la maceta ya ajada del año anterior,  
limpio el sitio de las brozas acumuladas,  
las hojas que han caído, los tallos venidos de los matorrales,  
los trozos de corteza de los árboles.  
Hay cerca una fuente y un recipiente apropiado.  
Sé que he de ir, recoger agua, regar la maceta antes de irnos;  
el crisantemo resiste las intemperies, pero  
mejor tenga humedad abundante para que se mantenga la flo-  
ración. Lo cual cumplido, deposito la maceta de modo  
que los lados queden en simetría,  
que se alce por encima de la lápida,  
luzca su esplendor al sol de las mañanas.  
No suele haber otras plantas; nadie debe venir,  
nadie le aporta esa modesta ofrenda de la flor,  
el poco recogimiento que a uno le impone el lugar,  
nadie debe llevar sus pasos hasta allí.  
Está en lo alto de una colina rodeada de bosque.  
Serpentea el camino ladera arriba hasta la verja de la entrada.  
Hay como calles dentro con sus encrucijadas,  
con sus nombres, o numeradas,  
una aglomeración en suma que, en invierno,  
se ilumina con las luces a lo largo de esas avenidas.  
Cumplido el rito regresamos. Transcurran los solsticios,  
se disuelvan las heladas, séquense las lloviznas,  
vuelva quizá la canícula y regrese  
la víspera de otoño.  
Eso pensamos sin decirlo,

Volvemos cuesta abajo hacia el fragor.